

# TRADUCCIÓN

## PAISAJE DORADO\*

OSAMU DAZAI<sup>1</sup>

Traducción de  
ISAMI ROMERO

Hay un roble en la orilla del mar. En ese árbol está encadenada una fina cadena dorada.

Aleksandr Pushkin (1799-1837)

Cuando era niño, era un tipo malicioso. Molestaba a las sirvientas. Odiaba en extremo las cosas flemáticas. Por eso, atosigaba a las sirvientas lentas.

Okei era una sirvienta flemática. Cuando le ordenaba pelar una manzana, dejaba de hacerlo dos o tres veces. No sé qué estaba pensando. Tenía que decirle:

—¡Oye floja! —era necesario decírselo severamente cada vez que lo hacía. Si no, se quedaba como tonta, tomando en una mano la manzana y en la otra el cuchillo.

\* *Paisaje dorado* (*Ogon fukei*: 黄金風景) fue publicado en febrero de 1939 en el diario *Kokumin Shinbun* (国民新聞). La traducción está basada en una versión moderna realizada por la Biblioteca Digital de Internet, *Aozora Bunko* [consultado en: <http://www.aozora.gr.jp/>].

<sup>1</sup> Osamu Dazai (1909-1948). Novelista y cuentista japonés. Es uno de los escritores japoneses más emblemáticos de la primera mitad del siglo XX junto con Junichiro Tanizaki (1886-1965), Ryunosuke Akutagawa (1892-1927), Kenji Miyazawa (1896-1933) y Kawabata Yasunari (1899-1972).

Obras principales: *¡Corre Meros!* (Hashire Merosu: 走れメロス) (1940), *Tsugaru* (津軽) (1944), *La mujer de Villon* (Viyon no Tsuma: ヴィヨンの妻) (1947), *El ocaso* (Shayo: 斜陽) (1948) e *Indigno de ser humano* (Ningen Shikkaku: 人間失格) (1948). Estas tres últimas obras están traducidas al castellano.

[Pensaba que] le faltaban sesos. Recuerdo que muchas veces vi que estaba en la cocina parada sin hacer nada. Para un niño como yo, esa imagen patética me cabreaba tanto. Por eso, le gritaba como si fuera un adulto:

—¡Oye floja! ¡Okei, el día es muy corto!

Ahora siento escalofríos en la espalda. Nada más de pensar que le encaraba todas esas palabras crueles y atroces a esa pobre mujer.

Sin embargo, no me satisfizo hacerla sentir mal. Un día la mandé llamar. Tenía un libro de dibujos en el cual aparecía un desfile militar. Había cientos de soldados; algunos estaban montados en caballos; otros traían banderas; otros más traían colgados en los hombros sus rifles. Ordené a esa mujer que recortara con unas tijeras cada uno de esos soldados. Comenzó en la mañana y no probó bocado alguno. Al caer la tarde, la torpe Okei había recortado tan sólo treinta. El colmo fue que cortó uno de los bigotes del general. Además, las manos de los soldados que traían sus rifles, las recortó como si fueran unas garras de oso. La regañé con envidia. Recuerdo que era verano, y Okei sudaba mucho; por esa razón, todos los soldados recortados quedaron empapados de sudor. Hice un berrinche y la pateé.

Estoy seguro de que fue en el hombro, pero Okei se sobaba la mejilla derecha. Se puso a llorar y se fue chillando.

—Ni mis padres me habían pisado la cara. Recordaré esto por el resto de mis días —dijo como si fueran gemidos. Tengo que admitirlo, me sentí mal después de hacerlo, pero pensaba que era mi destino divino molestar a Okei. Actualmente, aunque en menor grado, no soporto a las personas ignorantes y torpes.

El año pasado me corrieron de mi casa. De la noche a la mañana estaba en la pobreza; deambulé por las calles; lloré mi desdicha en cualquier lugar; logré sobrevivir. Finalmente pensé que podía mantenerme como escritor, pero me enfermé.

En este verano, gracias a la caridad de algunas personas, alquilé una pequeña casa cerca del mar enlodado en la ciudad de Funabashi, en la prefectura de Chiba. Pude subsistir cocinando, pero cada noche tenía que pelear con mi transpiración; sudaba tanto tanto que era posible exprimir mi cama. A pesar de

eso, tenía que trabajar. Todas la mañanas tomaba solamente una botella de leche de 180 mililitros. Al beberla sentía una extraña sensación de felicidad, me sentía vivo; sin embargo, mi cabeza estaba ya aturdida. Recuerdo que cuando brotaron las flores de adelfa —sí, ese árbol que está en la esquina de mi jardín—, pensé que se estaba quemando algo.

En ese momento, un polizone flaco, pequeño y cuarentón vino a la puerta de mi casa para preguntar si mis papeles estaban en orden. Al cotejar mi nombre con los documentos, vio mi cara; tenía una barba de tres días. Así, volvió a revisar con detenimiento y dijo:

—Usted... ¿No es el señorito?

Las palabras del polizone estaban marcadas por un fuerte dialecto de mi tierra.

—Sí, soy yo —contesté de manera insolente—. ¿Y usted?

El polizone flaco se estaba aguantando la risa, en su cara estaba dibujado un poco de sufrimiento también.

—Ah, entonces sí es usted. A lo mejor ya no se acuerda de mí. Hace como veinte años manejaba un carruaje en K.

K era el nombre del pueblo donde nació.

—Como ve —contesté sin sonreír—, estoy en la miseria.

—¡Cómo cree! —dijo un poco burlón el polizone—. Si está escribiendo una novela, es un signo de que está llevando una vida exitosa.

Sonreí de manera forzada.

—Por cierto —el polizone bajo la voz—, Okei siempre ha hablado sobre usted.

—¿Okei? —no supe de quién me hablaba en un inicio.

—Okei. Ya se le olvidó. La mujer que trabajaba como sirvienta en su casa.

Me acordé. Sin proponérmelo, rezongué:

—Claro, ¡ah sí!

Estaba de rodillas sentado en la puerta de mi casa, bajé la cabeza sin fuerza. Me acordé de que hacía veinte años había hecho muchas fechorías a una flemosa sirvienta; me acordé de cada una de mis maldades. No aguanté más la situación en que me encontraba.

—¿Ella es feliz? —alcé la cabeza. Recuerdo que después de hacer esta pregunta tan súbita y sin sentido, mi semblante pa-

recía el de un criminal o un acusado. Incluso, mostré una sonrisa mezquina.

—Sí, finalmente, gracias —contestó sin preocupación alguna y se limpió el sudor de la frente con un pañuelo—. Si no le incomoda, la próxima vez la traigo conmigo. Para agradecerle tranquilamente todas sus gentilezas.

Estaba pasmado. Pensé que iba a volar. Dije que no. Me negué rotundamente. Me sentí tan humillado. Recuerdo que mi cuerpo se retorció.

Sin embargo, el polizonte insistió.

—Mi primogénito ha comenzado a trabajar en la estación cercana. Tenemos además un niño, una niña y la más pequeña tiene ocho años; acaba de entrar a la primaria. Estamos más tranquilos. Okei se ha esforzado mucho ¿sabe? No sé cómo decirlo, pero todos los que han aprendido los buenos modales en su casa, pues han logrado tener éxito —sonrió mientras se sonrojaba un poco—. Gracias a eso, Okei nos contó muchas cosas sobre usted. Por esa razón, el próximo día de asueto quisiéramos venir a saludarlo, los dos juntos sin falta. —De pronto, puso serio el semblante—. Me retiro. Que esté bien.

Después de tres días, estaba más preocupado por el dinero que por mi trabajo, así que no pude estar más en casa y tomé un bastón de bambú para salir hacia el mar. En ese momento, al abrir la puerta, afuera de mi casa había un señor y una señora, traían puesto un *yukata*; junto a ellos estaba una niña, vestía ropa occidental roja. Estaban parados en fila como si fueran una pintura. Era la familia de Okei.

Vociferé enojado, grité tanto. Incluso yo mismo quedé sorprendido.

—¡Vinieron...! Hoy tengo que salir. Es una pena, pero es mejor que vengan otro día.

Okei se había vuelto una señora elegante. La niña de ocho años se parecía mucho a su madre, cuando era mi sirvienta. Me miró de abajo hacia arriba con ojos torpes. Me sentí triste.

Antes de que Okei dijera algo, corrí huyendo hacia el mar. Al llegar a la playa, me puse a recolectar con el bastón de bambú las plantas silvestres. No intenté volver la vista, di un paso, luego otro, caminé arrepentido, tenía mucha rabia de mi existencia. Finalmente, me dirigí hacia la ciudad cercana en la

orilla del mar. Caminé derecho. Sin ningún sentido vi el letrero del cine y los escaparates de las tiendas de ropa. Chasquéé varias veces en señal de enojo. En algún rincón de mi alma había una voz que murmuraba: “Perdiste, perdiste”. No podía seguir así, moví de manera brusca mi cuerpo. Caminé de nuevo. Estuve haciéndolo como treinta minutos y me regresé a mi casa.

Al salir a la orilla del mar, me detuve. [Algo en mi interior me dijo:] “Mira, frente a nosotros está una imagen de paz”. Era la familia de Okei. Los tres estaban jugando sin ninguna mortificación, estaban sonriendo. Las voces sonaban hasta acá.

—Muy bien —dijo el polizonte. Aventó con gran fuerza la piedra—. El señorito es una persona inteligente. Le espera un gran futuro.

—Por supuesto, claro —dijo Okei orgullosa—. Desde niño, el señorito ha sido un poco excéntrico, pero siempre fue muy amable con las personas de menor estatus, siempre se preocupó por nosotras.

Me quedé parado, comencé a llorar. [Antes de reencontrarme con ella], estaba a punto de estallar, pero las lágrimas hicieron que desapareciera ese sentimiento. He perdido, pero es algo bueno. Tiene que serlo. El triunfo de Okei es, al mismo tiempo, el punto de partida de mi futuro, me ha iluminado. ❖

